

NEW LEFT REVIEW 149

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2024

ARTÍCULOS

ANTON JÄGER	Hiperpolítica, USA	7
PERRY ANDERSON	Fredric Jameson	21
FREDRIC JAMESON	<i>Agón: La Ilíada</i>	43
MARC ANDRÈ	Argelia en los archivos	109
EMILIE BICKERTON	El autor como forajido	129
JEREMY ADELMAN & PABLO PRYLUKA	Transiciones latinoamericanas	151

CRÍTICA

EMMA FAJGENBAUM	El defensor del imperio	179
NIC JOHNSON	La sobreabundancia de riquezas	191

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Clinton Fernandes, *Subimperial Power: Australia in the International Arena*, Carlton, Melbourne University Press, 2022, 176 pp.

EMMA FAJGENBAUM

EL DEFENSOR DEL IMPERIO

Ahora que las tensiones arrecian entre China y Estados Unidos, Australia ocupa una posición única en los asuntos internacionales. Australia es un miembro entusiasta de la esfera estadounidense de influencia desde hace muchos años, pero su economía depende de los mercados chinos para alimentar sus propios modelos de crecimiento. En 2022 las demandas de la producción china de acero supusieron la compra de 736 toneladas de mineral de hierro australiano, cifra que supuso el 80 por 100 de las exportaciones nacionales del país de este producto, equivalente a un ingreso nacional de 124 millardos de dólares australianos (83 millardos de dólares). Esta relación comercial mutuamente ventajosa no ha planteado hasta la fecha grandes obstáculos para la alianza siempre firme de Australia con la potencia estadounidense, una relación que en 2021 culminó con la firma del tratado de seguridad AUKUS entre Australia, el Reino Unido y Estados Unidos, cuya razón de ser es un acuerdo para que este primer país pueda adquirir una nueva flota de submarinos nucleares equipados con misiles de tierra Tomahawk de largo alcance. Este pacto y un elevado número de diversos acuerdos de seguridad trilateral se han publicitado como la respuesta necesaria a la escalada militar china y a sus actividades navales en el Pacífico Sur, argumento repetido sin cesar en las dos bancadas del Parlamento australiano y en la prensa del país. A pesar del inmenso cambio de las políticas seguidas por Australia que supone AUKUS –la conclusión del acuerdo antinuclear del país, la escalada de la militarización y los enormes gastos acarreados por ella

y una directa y explícita política de contención del principal socio comercial australiano—pocos analistas se han mostrado dispuestos a identificar y cuestionar las dinámicas políticas más amplias que lo sustentan.

Clinton Fernandes, exoficial de inteligencia militar, se halla en una buena posición para iluminar los mecanismos del poder australiano. Fernandes nació a principios de la década de 1970 en una familia procedente de Goa y se presentó voluntario a la Australian Defence Force, cuando terminó su formación escolar en Melbourne. Se le destinó primero a un batallón de infantería y después sus superiores detectaron que tenía «madera de oficial». El Australian Intelligence Corps lo escogió, cuando aún estaba en el periodo de formación y Fernandes pasó a trabajar para el Signals and Intelligence Corps en varios ámbitos: contrainteligencia, análisis, táctica, operaciones y en un puesto general de «vigilancia». En 1998, aún en la veintena, se le envió a Timor Oriental para hacer trabajo de análisis. Allí disfrutó de un asiento en primera fila para observar el apoyo activo de Australia a la brutal ocupación militar de la mitad de la isla por parte de Indonesia. Ambas cosas —las atrocidades de Yakarta en la represión de las fuerzas de liberación nacional de Timor y el apoyo logístico y diplomático de Canberra para implementar esta— llevaban en marcha desde 1975, momento en el que Portugal reconoció la independencia de Timor Oriental. La experiencia resultó decisiva en la vida de Fernandes, que empezó a trabajar con el activismo solidario australiano con Timor Oriental (el libro que reseñamos aquí, así como sus obras anteriores, están dedicadas a la memoria de Andrew McNaughtan, un médico de Sídney que luchó sin descanso por la autodeterminación de Timor hasta su prematura muerte en 2003).

Después de quince años en el ejército, con el rango de comandante, Fernandes optó por dedicarse a la investigación doctoral en la Universidad de Nueva Gales del Sur. En 2005 publicó *Reluctant Savior*, libro que analizaba los diligentes esfuerzos del gobierno nacional-liberal de John Howard —y del «lobby de Yakarta» en Australia, que, afirma Fernandes, era una voz muy potente dentro de ese gobierno— para bloquear el referéndum de independencia de Timor Oriental de 1998, aunque en aquel momento estuvieran saliendo a la luz las continuas masacres cometidas allí por Indonesia. En 1999, en medio de una enorme presión, Howard cambió de rumbo con gran reticencia y los medios de comunicación australianos rebautizaron a las fuerzas armadas australianas como las garantes de la paz de la región durante la transición a la independencia. Fernandes es un colaborador habitual de *Arena*, el periódico de la nueva izquierda australiana con sede en Melbourne, y ha publicado una serie de estudios sobre la región entre los que se cuentan: *Reluctant Indonesians* (2008), que describe la lucha de la población papuana occidental; *The Independence of East Timor* (2011), historia multidimensional de la lucha de liberación; e *Island off the Coast of*

Asia (2018), libro que analiza los motores de la política exterior australiana: el aplastamiento de la resistencia malaya junto con los británicos, la lucha al lado de Estados Unidos en Corea y Vietnam y el respaldo concedido a la dictadura de Suharto en Indonesia, entre otros temas abordados.

Su última obra, *Subimperial Power*, es su libro más teórico hasta la fecha. Su intención es definir la localización estructural de Australia dentro del sistema interestatal. La descripción convencional del país como una «potencia mediana», argumenta Fernandes, no ofrece una explicación suficiente, ni de la configuración económica única de Australia, ni de los patrones de la proyección de su fuerza militar, ni, de hecho, de las estructuras políticas internas, que posibilitan todo lo anterior. Definir su papel como un país que «respalda el orden internacional basado en normas» para garantizar su propia prosperidad y seguridad simplemente suscita que nos preguntemos de qué orden estamos hablando. En opinión de Fernandes, lisa y llanamente, hablamos del sistema imperial de liderazgo estadounidense –imperial» en el sentido definido por el exayudante del secretario general de la ONU y politólogo Michael Foyle en *Empires* (1986): «Una relación, formal o informal, en el que un Estado controla la soberanía política efectiva de otros». El control, subraya Fernandes, no requiere ni ocupar ni anexionar, dado que puede operar de una manera igualmente eficaz mediante la dependencia económica, política o cultural, implementada tanto a través de la amenaza de la fuerza como por el empleo de esta. ¿Cuál es entonces el papel de Australia dentro de esta estructura y por qué está tan dispuesta la clase política australina a «respaldarla»?

Fernandes defiende que Australia ha pretendido desde hace mucho tiempo alinearse con la potencia imperial, lo cual constituye un reflejo estratégico, cuyo origen se remonta a su peculiar estatus como posesión británica. En 1770, cuando James Cook navegó por la costa oriental del continente y lo reclamó para la Corona, Gran Bretaña ya había conquistado la supremacía marítima, derrotando a su vieja enemiga, Francia, en la Guerra de los Siete Años. La East India Company británica fue responsable de la hambruna desatada en Bengala, la más prolongada hasta aquel momento, gracias en parte al arroz que habían requisado para las tropas y las personas que dependían de estas. El Parlamento británico, en el que casi la cuarta parte de sus miembros poseían acciones de la East India Company, la respaldó con enormes sumas destinadas a la realización de operaciones navales y militares, que pretendían proteger sus adquisiciones; la Compañía empezó a exportar el opio indio a China ese mismo año. Para los estrategas de Whitehall, los asentamientos en Australasia proporcionaban la oportunidad de establecer una base intermedia para sus actividades en la India y en China. Nueva Zelanda tenía muchísima madera y lino, útil para construir barcos. Una base naval podría también interrumpir las comunicaciones

francesas, holandesas y españolas a través de los archipiélagos del océano Índico y del Pacífico Sur.

En este sentido, las colonias australianas nunca fueron únicamente los vertederos del excedente de población británica, aunque sí es cierto que los convictos proporcionaron una mano de obra útil. Tampoco eran simplemente territorios que se sometieran a la extracción y explotación colonial. Eran, como deja claro Fernandes, importantes puestos de avanzada del Imperio. Las autoridades británicas proporcionaban a los pobladores australianos arroz, sémola, lentejas, tela, ganado y semillas procedentes de Bengala; en la década de 1840, dos barcos a la semana cubrían la ruta desde Calcuta. Las colonias florecían bajo el paraguas del poder imperial británico y Australia fue la mayor receptora de la inversión extranjera británica durante las décadas de 1870 y 1880, beneficiándose del enorme drenaje de riqueza procedente de la India. En la década de 1890, Australia empezaba ya a ejercitar sus propios músculos en el Pacífico Sur, proyectando su poder económico sobre Fiyi, Papúa Nueva Guinea, las Islas Salomón y Vanuatu. La Colonial Sugar Refining Company (CSR), empresa con sede en Sídney, se beneficiaba de la fuerza de trabajo importada desde India sometida a «contratos» de servidumbre a largo plazo. En este sentido, señala Fernandes, la formación nacional australiana ha tenido una dimensión «subimperial» desde el inicio, «subordinada al centro imperial, pero capaz de proyectar un poder y una influencia considerables en su propia región».

Las estructuras de seguridad nacional, desarrolladas después de que las seis colonias se federaran como la Commonwealth of Australia en 1901, no se fundamentaban sobre la base de la defensa nacional, ya que el país no se enfrentaba a ningún adversario serio, sino que se crearon con la idea de apoyar al Imperio británico, hecho que garantizaba los intereses económicos de Australia a la vez que fortalecía su identidad «subimperial». Culturalmente, el país se consideraba parte de la «*Greater Britain*» multicontinental, compuesta por las colonias de asentamiento anglófonas dispersas por el mundo, que defendían el Imperio contra una creciente competencia. Ello se fortalecía por la creencia en la benevolencia esencial del Imperio, en la línea de lo expuesto por J. S. Mill en «A Few Words on Non-Intervention», después de que se aplastara la Revuelta india de 1857: Gran Bretaña actuaba «más en el servicio de los demás que de sí misma», incluso cuando «la agresión de los bárbaros la obligaba a una guerra exitosa». El principio organizador de la política exterior australiana era estar «en el bando ganador» dentro de la confrontación a escala mundial entre el Imperio y las tierras que este dominaba. Para los estrategas del país, «para que el Imperio sea fuerte en cualquier parte, debe ser fuerte en todas partes», como señala el historiador militar oficial del país, Craig Stockings. Casi medio millón de tropas australianas se alistaron para luchar del lado británico en la Primera Guerra Mundial,

mientras que el primer ministro Joseph Cook declaraba que «todos nuestros recursos en Australia están dentro del Imperio y son para el Imperio».

Después de 1945 Australia se adaptó limpiamente al desempeño de un papel subordinado en el orden mundial liderado por Estados Unidos, convirtiéndose en un socio menor dispuesto, cuando no entusiasta, a cumplir su función. Los relatos de la franca «camaradería» reinante entre Australia y Estados Unidos estaban únicamente al servicio del consumo de la opinión pública; los políticos del país, mientras luchaban por atraer la atención de Estados Unidos, eran muy conscientes de que ocupaban un lugar desdénable en la visión del mundo de Washington. Su principal objetivo era ganar el reconocimiento y la aprobación de los funcionarios estadounidenses, defiende Fernandes; los resultados militares eran menos importantes que conseguir que «las principales figuras estadounidenses visitaran el área de operaciones australiana y valoraran su contribución». Esta perspectiva fundamental contribuye a explicar por qué Australia se apuntó al bando colonizador en las luchas de liberación nacional del sudeste y del este asiático, incorporando sus tropas a las guerras estadounidenses libradas contra Corea y Vietnam. De manera similar, los mandos australianos entendieron que el papel de su ejército en Afganistán y, de forma más discreta, en Iraq había sido un éxito, porque la bandera nacional ondeaba junto a la bandera de las barras y estrellas.

Este subimperialismo militar, argumenta Fernandes, tiene su eco en la posición australiana en la economía mundial. Las estructuras creadas bajo el dominio británico promovieron los monocultivos para la exportación en las seis colonias, dotadas de vínculos verticales entre cada una de ellas y Londres en lugar de apostar por una integración horizontal a lo largo del continente. Respaldo el Imperio implicaba defender los derechos de sus inversores privados con sede en Londres; incluso después de constituir la Federación en 1901, la nueva Constitución de la nación protegía explícitamente el acceso británico a los mercados australianos, protegiendo efectivamente a sus inversores de las decisiones que pudiera tomar el parlamento australiano. Es un modelo que se ha demostrado duradero. Para ser un país rico, Australia ha quedado notablemente infradesarrollada. Su nivel de complejidad económica es el más bajo de la OCDE, una anomalía entre las economías avanzadas, de acuerdo con lo afirmado por el principal economista del gobierno en 2018, más parecido a un país en vías de desarrollo como Kazajistán, Camboya, Kenia o Arabia Saudí. Sus exportaciones siguen siendo altamente especializadas: mineral de hierro (sobre todo con destino a China), briquetas de carbón, oro, gas licuado y trigo. Si las exportaciones de materias primas garantizan el crecimiento australiano, Fernandes destaca que los principales conglomerados empresariales en este sector son mayoritariamente de propiedad estadounidense: los inversores estadounidenses

poseen el 71 por 100 de BHP; el 77 por 100 de Rio Tinto y el 63 por 100 de Woodside Petroleum. Sus intereses están «en una economía global integrada, que ofrece un entorno benigno para la inversión internacional», en palabras de Fernandes. Los productos manufacturados para la exportación resultan ser meros eslabones de las cadenas globales de valor: por ejemplo, los componentes de Boeing que se envían a Estados Unidos o los componentes de automoción de GM con destino a Corea del Sur.

Las peculiares debilidades incorporadas a la Constitución australiana, que destierran efectivamente a los tribunales y al Parlamento de la política de seguridad nacional, contribuyen a afianzar su papel subimperial. No hay un equivalente australiano de la *War Powers Resolution* estadounidense de 1973, que impone límites legales a la libertad del presidente para ordenar acciones bélicas; el primer ministro australiano puede enviar a las Fuerzas de Defensa Australianas a una operación expedicionaria fuera de sus fronteras sin contar con autorización parlamentaria alguna y sin haberla sometida siquiera a un debate. A partir del 11S, la *Intelligence Services Act* ha recortado aún más los poderes del Parlamento, retirando de su alcance las operaciones y los métodos de las agencias de inteligencia y limitando su capacidad de legislar únicamente a su financiación y administración. Igualmente, no hay una supervisión parlamentaria, ni siquiera un acceso, al centro de espionaje estadounidense de Pine Gap, cerca de Alice Springs. Establecido allí por la CIA en la década de 1960, sobre tierras del pueblo *arrente*, para monitorizar la actividad militar soviética, Pine Gap sigue envuelto en el secretismo; los funcionarios del gobierno se han referido a este lugar alguna vez como una instalación de investigación espacial o como un sistema de disuasión nuclear. Sus antenas recogen información transmitida por los satélites estadounidenses, que emplean sensores de temperatura para rastrear el tráfico aéreo, misiles, drones y vehículos espaciales, así como para interceptar comunicaciones militares y civiles, integrando así a Australia dentro de la máquina de guerra estadounidense, como indica Fernandes. Esta protección frente a la interferencia parlamentaria agarrota el debate interno sobre si esta «asistencia» convierte a Australia en un país cobeligerante al lado de Estados Unidos en Libia, Siria, Yemen y en la guerra de Israel contra Gaza, como podría apuntar la codificación del derecho internacional.

Este conjunto de factores construye el escenario del papel desempeñado por Australia en el duelo con China, que es el telón de fondo inmediato de *Subimperial Power*. El papel de Australia, en estos momentos, puede ser secundario, pero va tomando cada vez más importancia a medida que Washington pasa de una política de compromiso a una de acorralamiento. Fernandes lee la *National Defence Autorization Act* (2021), promulgada por Biden, como un manual de instrucciones detallado para cercar a China con una red potencialmente sofocante de bases y tropas estadounidenses a la que

se suma la correspondiente red de Estados socios cada vez más militarizados entre los que se incluyen Japón, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas, Tailandia... y Australia. El acuerdo AUKUS (2021), presentado bajo el gobierno de coalición de Scott Morrison y después ampliado por el gobierno del Partido Laborista de Anthony Albanese en cuanto accedió al poder en julio de 2022, es un importante pilar de esta estrategia, aunque Fernandes no comenta en absoluto cómo podría compararse la política de la industria militar australiana con la de otros aliados estadounidenses. En cualquier caso, con un coste proyectado de 368 millardos de dólares australianos (250 millardos de dólares) a lo largo de diez años, el proyecto tiene como objetivo convertir a la armada australiana en «interoperativa», es decir, intercambiable, con la estadounidense. Ello implica la compra a Estados Unidos de al menos tres submarinos tipo Virginia en la década de 2030, mientras que Australia y Gran Bretaña colaboran para construir el nuevo modelo de submarino SSN-AUKUS entre los astilleros de Cumbria, Derby y South Australia. Estos submarinos serán un elemento clave de esta obra de celosía, que amenaza con ahogar las importaciones chinas de gas y petróleo a través del Estrecho de Malaca.

Hoy en Australia, a igual que en Estados Unidos, la beligerancia china es el espectro más comúnmente invocado para justificar cualquier gasto militar, pero *Subimperial Power* reconoce el ascenso relativamente pacífico de China desde 1992, caracterizado por la ausencia de guerras, tráfico de esclavos o conquistas de ultramar, hasta convertirse en la segunda economía del mundo, que ha traído aparejado además un aumento espectacular del nivel de vida de su población. Fernandes apunta dos asimetrías entre las potencias adversarias: China, a diferencia de Estados Unidos, no tiene una agenda de cambio de régimen; y, aunque dice que respeta la libertad de navegación en sus aguas, no está de acuerdo con la libertad de navegación militar allí donde insiste Estados Unidos. Fernandes cita el informe RAND de 2016, *War with China: Thinking the Unthinkable*, que apunta a que ambos bandos tendrían un incentivo militar para asestar el primer golpe y que los resultados no concluyentes de un primer enfrentamiento podrían motivar a ambos a continuar la guerra; la economía mundial se tambalearía, el orden mundial se resquebrajaría, buena parte del Pacífico occidental se convertiría en una zona de guerra, lo cual acarrearían pérdidas sustanciales en ambos bandos, aunque mayores para China y todo ello, potencialmente, sin que el conflicto arrojara un claro ganador.

¿Qué supondría la guerra abierta entre ambos países para Australia? Fernandes cita la respuesta refleja subimperial de varios destacados políticos australianos: «Australia no tendría ninguna otra alternativa más que alinearse militarmente con Estados Unidos». «Sería inconcebible que no apoyáramos a Estados Unidos», etcétera. Pero un oficial militar jubilado,

Mike Scrafton, ha preguntado en tono condenatorio: «¿Cuáles serían los objetivos de Canberra en la guerra?». Después de la guerra, Australia seguiría en el mismo lado del Pacífico que China y su propia economía y sus propias defensas habrían sido gravemente golpeadas, así como la de su protector, Estados Unidos. Desde la Segunda Guerra Mundial no se ha producido ninguna amenaza contra el territorio australiano, pero sus instalaciones de inteligencia –léase, Pine Gap y North West Cape– serían un probable objetivo chino, así como lo sería la nueva base naval que albergará a los submarinos nucleares en el oeste de Australia. Una crítica del informe RAND por parte del más conservador Lowy Institute advertía de que el mejor movimiento de China sería meter suficiente presión a Corea del Sur como para obligar a Estados Unidos a destinar cientos de miles de tropas de tierra allí, fijándolas, con una cadena de suministros vulnerable, contra un adversario muchísimo más numeroso. El ejército australiano, señala Fernandes, podría ser enviado a unirse a las tropas estadounidenses en un conflicto de alta intensidad en la península de Corea. ¿No podrían los potentes intereses mineros de Australia intervenir a favor de la paz para proteger sus mercados chinos? *Subimperial Power* apunta que los grandes inversores en este sector con sede en Estados Unidos podrían tener un interés más general por conservar el sistema de liderazgo estadounidense.

Estas previsiones tiñen de urgencia la petición de Fernandes de desafiar el secretismo que rodea las estructuras subimperiales australianas como un primer paso para desafiar «las estructuras nacionales de poder». Ese secretismo, defiende, no sirve para proteger a la ciudadanía australiana, sino en realidad para esconder las acciones del sistema de seguridad de la vista de la ciudadanía. Reconoce que este estatus le ha venido relativamente bien a Australia; su sociedad próspera atrae más migrantes cualificados que Suecia, Noruega, Suiza y Canadá y una apreciable mayoría de la población australiana apoya la alianza con Estados Unidos. Una encuesta de 2021 del Lowy Institute mostraba que tres de cada cuatro australianos creen que esta constituye una «extensión natural» de los «muchos valores e ideales» compartidos con Estados Unidos; idénticamente, el 63 por 100 de los encuestados opinaba que China constituía una amenaza para la seguridad del país. Una investigación del Pew Research Center llevada a cabo este año colocaba a Australia en segundo lugar (con el 85 por 100), solo por debajo de Japón (y por encima de Estados Unidos), en la lista de países con «actitudes negativas» hacia China.

Esa complaciente identificación es lo que trata de agitar este pequeño volumen. Analiza una parte de la vida política australiana que ha pasado a ser coto de los «expertos», lo cual es en sí mismo un síntoma de lo que Fernandes describe como el estatus voluntariamente subordinado de Australia, hecho que trae aparejado el correspondiente vaciado de discurso

doméstico sobre el asunto. *Subimperial Power* debería tener una buena acogida; un análisis crítico inteligente del papel de Australia en el mundo es todo un acontecimiento. Los estudios sobre la historia militar y la política exterior del país es más probable que sean nuevos añadidos a la caterva de lo que Fernandes llamaría la ideología subimperial que sendas deconstrucciones de esta. Se han publicado buenos informes sobre el papel del país en la región realizados en su mayoría desde ópticas en general de izquierda y centrándose en Timor Oriental, Papúa Occidental e Indonesia, pero estos estudios pocas veces localizan este rincón del sudoeste del Pacífico en el contexto internacional. *Subimperial Power* es una obra breve, estructurada temáticamente y dotada de una tesis clara, lo cual la convierte en una introducción excelente a esta problemática. Inevitablemente, queda mucho que decir.

Una de las fortalezas de este libro es que Fernandes no solo reconoce, sino que integra dentro de la estructura de su razonamiento las prácticas colonizadoras de Australia en las islas del sudoeste del Pacífico que la rodean (Fiyi, Vanuatu, Papúa Nueva Guinea, Nauru), así como en Timor Oriental. El subimperialismo australiano supone tanto la subordinación a la gran estrategia de Estados Unidos, como la capacidad de dominación sobre los propios territorios vecinos. Lo que se omite en este cuadro, sin embargo, es la reflexión sobre cómo el estatus internacional subimperial australiano se relaciona también con su historia interna de asentamiento colonial y expropiación de los territorios indígenas. Esta historia de desposesión violenta yace, por supuesto, en el fondo del proyecto de construcción nacional de Australia, aunque la existencia de «un culto de amnesia nacional», como lo ha llamado el historiador *gumbaynggirr* Gary Foley, tiende a eclipsar este hecho. El territorio indígena sigue siendo una víctima de la política exterior australiana, como demuestra el caso de las bases militares estadounidense-australianas, que se han construido en tierras aborígenes anexionadas. Que el gobierno bautice estos lugares con nombres procedentes de las primeras naciones –la antigua instalación de espionaje conocida como Nurrungar tomaba su nombre de la palabra aborígen local, que significa «escuchar», y se hallaba a 15 kilómetros al norte de la base de la Real Fuerza Aérea Australiana de Woomera, llamada así por el instrumento para arrojar lanzas del pueblo *kokatha*– es un rasgo especialmente perverso del subimperialismo australiano. De la mano de la expropiación en beneficio del aparato militar estadounidense viene el expolio de la tierra, entre otras razones en estos momentos por la cuestión de la basura radioactiva, tema que ha vuelto a la agenda política ahora que el gobierno del Partido Laborista busca emplazamientos remotos en los que arrojar los desechos nucleares generados por los submarinos AUKUS.

Otro de los puntos fuertes del libro es poner el acuerdo AUKUS en primer plano, ligado directamente a la máquina bélica estadounidense, como

una escalada de relevancia global en la alianza. El libro se publica en un contexto de creciente crítica interna a AUKUS, aunque ninguna de estas críticas aborda esas dimensiones relacionadas, históricas, económicas y políticas a las que Fernandes da el nombre de «subimperialismo», una categoría que le permite trazar la línea que va de los submarinos nucleares y remontarse hasta la Primera Flota. ¿Por qué habrían aceptado tan prestamente los australianos el argumento del gobierno, proveniente directamente de Washington, de que Pekín presenta una amenaza suficiente como para garantizar la construcción de esta última flota naval-nuclear? A pesar de su dedicación a cartografiar las dinámicas estructurales del subimperialismo, a Fernandes le interesa menos escudriñar las dinámicas de la política interna que las sustentan. Señala que, cuando el gobierno británico finalmente aprobó el Statute de Westminster en 1931, renunciando al control sobre el Parlamento australiano, cuatro primeros ministros australianos, uno tras otro, retrasaron su adopción; pero no se esfuerza mucho en explicar la profunda timidez cultural y política que subyace al «camino reticente, fragmentado y gradual de Australia hacia la independencia» y después de ella.

Una definición funcional de imperialismo más sustancial podría ayudar a colmar ese vacío. El concepto que emplea Fernandes del mismo, tomado prestado de Doyle, subraya el «control» de un Estado sobre la soberanía efectiva de otros Estados, pero sigue sin analizarse la cuestión de cómo funciona ese control no coercitivo. A diferencia del concepto de hegemonía acuñado por Gramsci, por ejemplo, esta definición más limitada del imperialismo no tiene demasiado que decir sobre el consentimiento y la identificación, o sobre la renovación y la reproducción de las ideologías, aunque, como enfatiza repetidamente *Subimperial Power*, Australia es un participante voluntario en el orden estadounidense, deseoso de hacerse compatible con su poder. Merece la pena explorar el abismo existente entre el concepto que los australianos tienen de sí mismos, como seres relajados, incluso rebeldes ante la autoridad, mientras que al mismo tiempo, como ha mostrado Fernandes, aceptan las reglas que se les imponen desde arriba cuando se trata de cuestiones de Estado y de poder interestatal.

Si hablamos de timidez política, el Partido Laborista australiano se merece una mención especial. No dispuesto a dejarse arrinconar en las cuestiones de seguridad nacional, el Partido Laborista de Albanese, entonces en la oposición, no tardó ni veinticuatro horas después de que se le informara en dar al acuerdo AUKUS decidido por Morrison su completo respaldo. Una vez en el poder, amplió los tratados y desde entonces no se ha escuchado un solo disenso dentro del Partido. Apenas hay señales de vida tampoco en las agrupaciones provinciales laboristas, que han sido vaciadas de contenido, ya que solamente tres presentaron mociones críticas con AUKUS en el congreso del Partido Laborista celebrado este año. Ninguna de ellas

fue escuchada. Hay una larga historia detrás de este servilismo, porque los líderes políticos saben que la más insignificante brizna de independencia se encontraba con severos castigos propinados por Washington. Los tibios intentos de Gough Whitlam de trazar un camino independiente en cuestiones de política exterior, incluyendo la posibilidad de no renovar el alquiler de Pine Gap, condujeron a su «despido» en 1975, impulsado por el gobernador general, un papel que, en sí mismo, es un remanente subimperial de los años de dominio británico. Treinta años después, en la época de la crisis financiera, Kevin Rudd, aunque dispuesto a acentuar sus credenciales proestadounidenses, hizo movimientos diplomáticos en la región de Asia y el Pacífico que no encajaban del todo, según los telegramas filtrados, con el «giro hacia Asia» de Obama. Un grupo de su propio Partido Laborista, que informaba a la embajada estadounidense, lo apeó del cargo en 2010. Posteriormente, Julia Gillard asumió el puesto y rápidamente amplió la presencia de tropas estadounidenses en el norte del país.

Las características nacionales del subimperialismo australiano abren también la cuestión de las políticas subimperiales en otros lugares del planeta. ¿Qué luz podría arrojar una perspectiva comparativa más sistemática sobre el término clave de Fernandes? Aunque menciona Israel como otra potencia subimperial, sus diferencias con Australia en lo referido a la soberanía estratégica, la influencia metropolitana y la diversidad económica apuntan a la necesidad de una toponimia más diferenciada del propio concepto de «subimperialismo». ¿Debería la Unión Europea, con su enorme influencia regional, pero con ejércitos subordinados a la OTAN, contarse como la mayor potencia subimperial existente a fecha de hoy? Fernandes asigna a Gran Bretaña el estatus superior de «teniente con armas nucleares» pero, entre los restos de su propia destreza imperial, ¿no exhibe también sus propias tendencias subimperiales, posicionándose como una ejecutora entusiasta de la estrategia estadounidense, de un modo muy similar al practicado por Canberra? Las fuerzas armadas británicas se han movido al unísono con las de Washington desde los tiempos de Blair. ¿Hay alguna diferencia entre los Estados que han nacido subimperiales, por decirlo así, como Australia y Canadá, y aquellos a los que, como Alemania y Japón, se les ha impuesto el subimperialismo fruto de su derrota militar? En este sentido, ¿qué hace que algunos Estados sean aparentemente inmunes a su atractivo?

Las imágenes del primer ministro laborista australiano Albanese de pie junto a Joe Biden vestido de aviador en San Diego el año pasado, sobre el telón de un cielo azul y de unos submarinos negros, presumiendo de la transferencia de tecnología nuclear –Estados Unidos está compartiendo sus secretos nucleares «¡por segunda vez en su historia únicamente!»– ilustra el argumento de Fernandes sobre el deseo de reconocimiento y el afán de relevancia estratégica. Esas imágenes también incriminan al Partido Laborista.

Con su desenfadada y entusiasta adopción de AUKUS, el Partido Laborista australiano ha redirigido décadas de gasto asignado a los programas sociales básicos y los ha encauzado al horno de la guerra estadounidense. Los laboristas se comportan de este modo mientras clausuran todo debate dotado de sentido sobre cuáles deberían ser los lineamientos de una política exterior alternativa. Las antiguas figuras del laborismo, liberadas de la disciplina de partido, pueden despotricar contra AUKUS como «el peor tratado de toda la historia» (Paul Keating) y un «chiste de mal gusto» (Gareth Evans) o como la rendición firmada de «cualquier tipo de agencia soberana». Pero, si las tensiones estallan en el Mar del Sur de China, no hay dudas, sin embargo, de que el nuevo armamento «interoperativo» de Australia tendrá un papel en lo que ocurra, un punto que el zar de Biden en el Indo-Pacífico, Kurt Campbell, hizo explícito, cuando sentenció que, con AUKUS, «los tenemos encerrados para los próximos cuarenta años». Las propias instalaciones nucleares en fase de construcción en la costa occidental australiana no solo convertirán al país en objetivo militar, sino que expondrán a las islas del Pacífico, a las que nunca se les ha consultado sobre AUKUS, a pesar de los guiños hechos por la ministra de Asuntos Exteriores Penny Wong a la «familia del Pacífico», que está situada entre ellos y China. A un Partido Laborista desprovisto de cualquier visión más allá de las componendas tecnocráticas y de encontrar una fuente de beneficios de dimensiones continentales, AUKUS le ofrecía una oportunidad (de segunda mano) para la grandeza.

La urgente tarea de establecer una coalición para enfrentarse a AUKUS requerirá confrontarse con el Partido Laborista, la más subimperial de las instituciones políticas australianas, y superar las asociaciones de izquierda, que siguen arrastrándose de manera hipócrita. Los Verdes australianos, que destacan entre los Verdes a escala internacional por sus posturas más críticas en temas de política exterior, incluyendo su oposición frontal a AUKUS, son ya la tercera fuerza política del país, habiendo obtenido el 12 por 100 del voto nacional y siendo posible que alcancen el 15 por 100 en las próximas elecciones. Si cortejaran a la afiliación sindical a la que el Partido Laborista ha maltratado durante tanto tiempo, podrían estar en una mejor posición para enfrentarse a este y liderar una política de masas antibelicista y antinuclear, cuya urgencia es manifiesta, pero cuya precipitación todavía tiene que producirse. En este contexto, *Subimperial Power* puede contribuir a aportar a estas nuevas fuerzas un mapa internacional y un conjunto de puntos de referencia adecuadamente globales.